



UN DÍA ESPECIAL

Todo empezó por la mañana. Al llegar a la ikastola se notaba que no era un día cualquiera. Estábamos nerviosos, con nuestras mochilas a la espalda y sin parar de hablar y de hacer planes. Por fin había llegado el día de la excursión a Urdaibai. Hacía más de una semana que la esperábamos. En clase no parábamos de hacer preguntas sobre lo que íbamos a hacer.

—¿Y podremos bañarnos?

—¿Y podremos pescar?

—¿Y podremos ir a buscar cangrejos?

—¿Y podremos...?



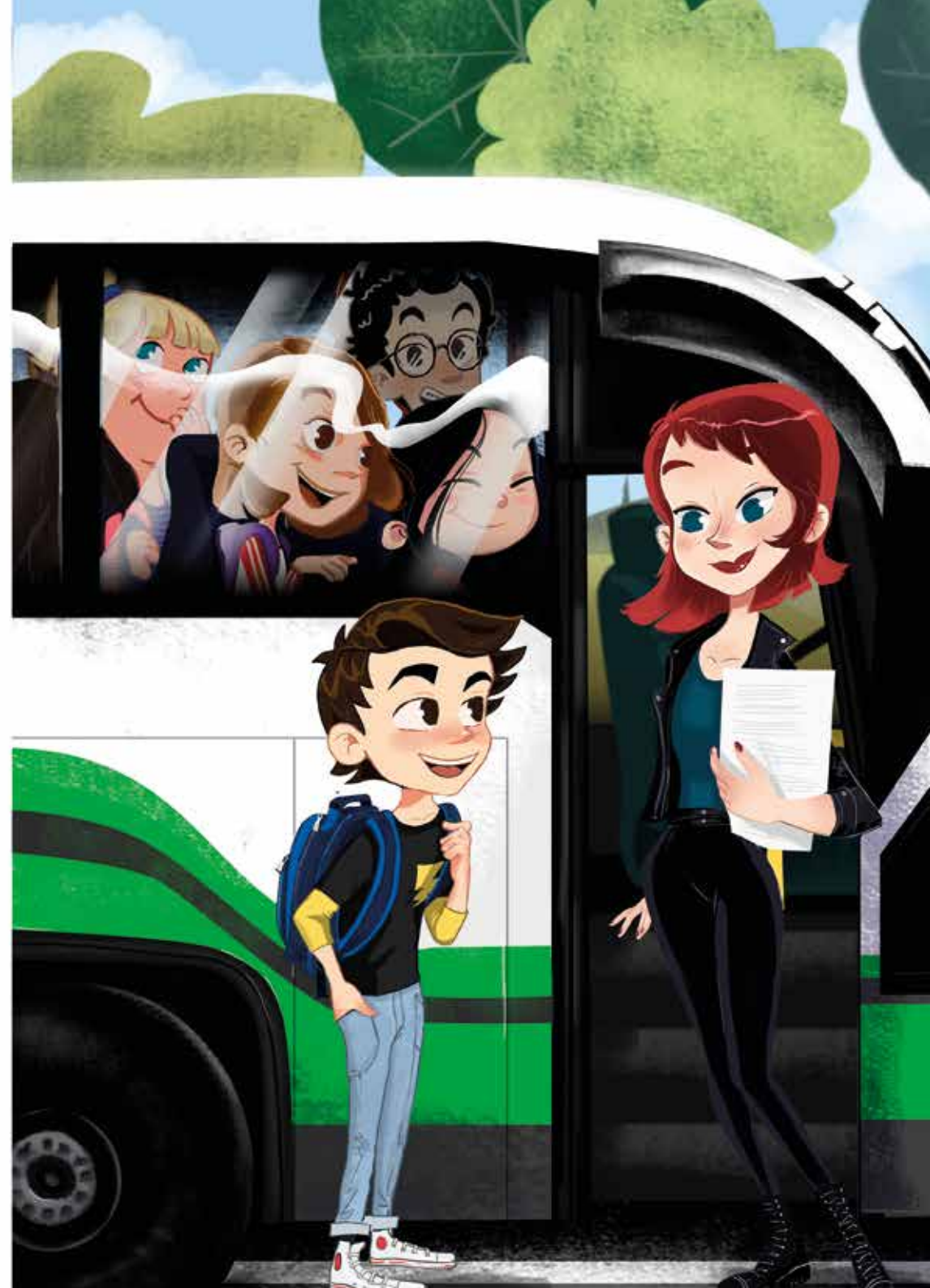
Porque las excursiones siempre son un día especial, pero esta vez todavía lo era más. No siempre se tiene la oportunidad de montar en barco con todos tus amigos.

Erik y yo ya habíamos ido en barco por el río que pasa por París. Fue genial, porque también subimos a la torre Eiffel en un ascensor que parecía que iba a llevarnos hasta la luna. Y encima una gaviota se hizo caca en la cabeza de Erik y nunca olvidaré la cara de asco que se le puso.

Pero esta vez iríamos con todos nuestros amigos y además visitaríamos una isla desierta. Por si fuera poco, íbamos a pasar la noche fuera de casa, en un albergue con literas y sin padres. Y eso sí que es una aventura, una de las buenas.

—Todos al autobús —nos llamó Jaione cuando el conductor abrió la puerta.

Jaione es nuestra profe. No vive en Atxondo. Viene cada día desde Bergara y este invierno, un día que nevó mucho, no pudo llegar porque la carretera estaba llena de nieve. Lo que más nos gusta de ella es que toca



en un grupo de música y a veces vamos a verla a las verbenas. El verano pasado nos quedamos un día hasta las doce de la noche en Elorrio. ¡Menuda parranda!

Un minuto después habíamos subido todos al autobús y el chófer nos echó la bronca porque no teníamos los cinturones de seguridad abrochados. Dijo que si veía a alguien mal sentado o jugando con el reposabrazos le haría bajarse del autobús y se quedaría sin excursión.

Así que le hicimos caso. Nadie quería quedarse en Atxondo y perderse los mejores dos días del curso.

—Me estoy mareando —se quejó Sara.

La verdad es que había muchas curvas y si mirabas hacia atrás te podías marear.

—Y yo me estoy haciendo pis —protestó Iñaki con las manos entre las piernas.

Jaione le dio una bolsa a Sara y miró muy seria a Iñaki.

—Aguanta un poco, que ya llegamos —le pidió

mientras el conductor nos miraba enfurruñado por el espejo retrovisor. Ese señor siempre está enfadado. Vaya rollo. Cada vez que nos lleva de excursión alguno de nosotros se lleva alguna bronca. Si no es por una cosa es por otra.

—Yo también tengo pis —dije solo por hacer rabiar al conductor.

Ainara se rio al darse cuenta de mis intenciones. Puso cara de enferma y dijo bien alto:

—Yo también me mareo.

—Y yo.

—Nos estamos poniendo todos malos —añadió Erik.

El chófer nos miraba cada vez más enfadado. Parecía que le iba a salir humo de la cabeza. Y cuanto más se mosqueaba más nos hacíamos los enfermos.





—Como pare el autobús os haré bajar a todos y me marcharé solo —nos advirtió a gritos.

—Por favor, Jaione. Yo sí que me meo —insistió Iñaki con las manos entre las piernas.

La profe fue hasta él y le apoyó la mano en el hombro.

—Solo un momento, que ya estamos. ¿No puedes aguantar? Y los demás, basta ya de hacer el tonto.

Era verdad que ya llegábamos. Antes de que pudiéramos contar hasta veinte el autobús se detuvo a la orilla de un río. Había muchas casas, y muy altas, mucho más que en Atxondo.

—Estamos en Gernika —nos explicó Jaione mientras bajábamos del autobús y dejábamos tranquilo al conductor.

—¿Ese es el barco? —pregunté.



Era un barco verde y blanco con una pequeña cabina para el capitán y unos bancos muy largos en los que cabríamos todos.

No fue Jaione quien me respondió, sino un señor de barba blanca y gorra azul marino que nos esperaba en el embarcadero.

—Este es vuestro barco. Bienvenidos al *Gorgontxo*. Soy el capitán Lobo.

—¿Te llamas Lobo? —le preguntó Erik, mi hermano.

El capitán soltó una carcajada antes de responder.

—No, pero me llaman así porque soy el mejor lobo de mar de toda la ría de Urdaibai.

—¿Un lobo de mar?

Otra carcajada, esta vez más larga que la anterior.

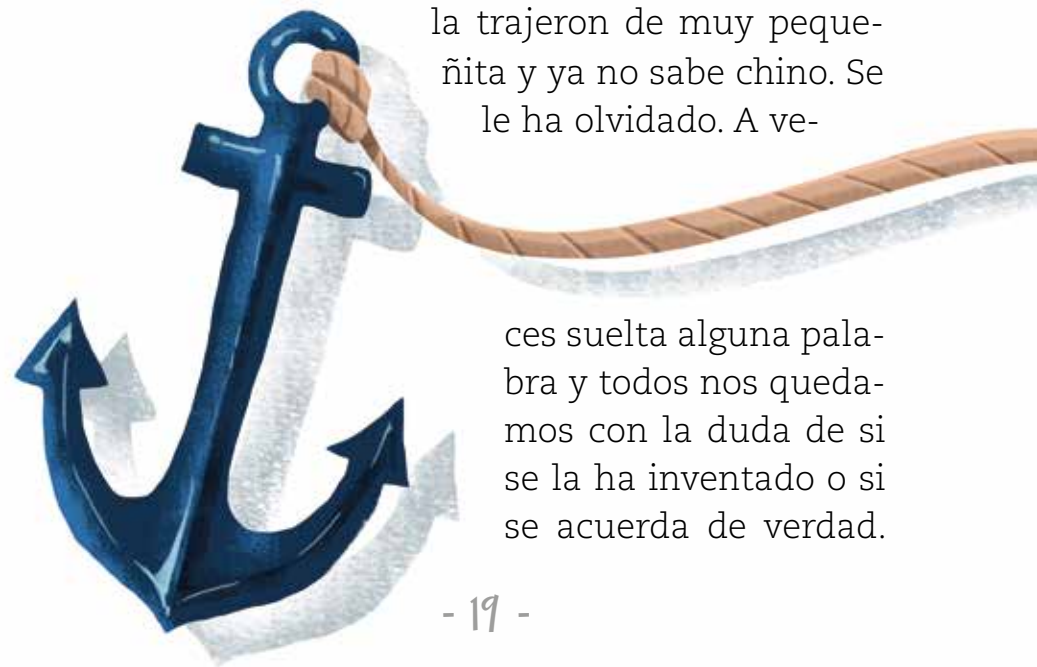
—Un lobo de mar es un navegante, un marino, alguien que no teme al mar por muchas olas que haya —explicó Jaione colocándose junto al capitán.

—¿Estáis listos para vivir una aventura a bor-

do del *Gorgontxo*? —quiso saber el capitán subiendo a bordo.

Todos dijimos que sí y corrimos a sentarnos en los bancos. Yo me senté entre Aimar y Aina-
ra, dos de mis mejores amigos. Aimar es genial, siempre está contento, aunque nos castiguen sin recreo por hablar demasiado en clase. Algunos mayores suelen burlarse de él, pero no les hace caso. Además, nosotros le defendemos. Hay que ser mala persona para meterse con alguien por llevar unas prótesis de metal en las piernas.

Y Ainara parece estar siempre riéndose, incluso cuando está enfadada. Es por sus ojos rasgados, es asiática. La pena es que la trajeron de muy pequeña y ya no sabe chino. Se le ha olvidado. A ve-



ces suelta alguna palabra y todos nos quedamos con la duda de si se la ha inventado o si se acuerda de verdad.

O igual es un insulto en chino y se está metiendo con nosotros. No sé, pero es supermaja y me lo paso muy bien con ella.

—¿Podremos tripular? —preguntó Erik agarrando el timón.

El capitán Lobo se rio de nuevo. La barba se le movía arriba y abajo cada vez que lo hacía.

—No, mi grumete. Urdaibai está lleno de arenales ocultos bajo el agua y corrientes traicioneras. Seré yo quien pilote el *Gorgontxo*, pero podréis ayudarme si queréis.

—¿Cómo?

—Ya os lo diré. Hay muchas cosas que hacer en un barco.

Jaione pidió a Erik que se sentara y el capitán arrancó el motor. El

barco se apartó rápidamente de la orilla y las casas de Gernika quedaron pronto atrás. Al avanzar espantábamos a las gaviotas y otras aves pescadoras. Alzaban el vuelo y se escondían entre las plantas de la orilla.

—Mirad, esa lleva un pez en el pico —nos avisó Sara. Tenía la cara tan pálida como en el autobús. El movimiento del barco no ayudaba a que se le pasara el mareo. Sara es también muy amiga mía, aunque igual más de mi hermano, siempre está cerca de ella. Yo le digo que es porque Sara le gusta y él se pone rojo como un tomate y me persigue. Pobre Erik, esa no es la mejor manera de disimular. La verdad es que no pegan mucho. Mi hermano siempre con sus camisetas rockeras y sus vaqueros rotos, y ella inseparable de sus vestidos monos. Pero es muy maja, que es lo importante, ¿no?

Todos miramos hacia donde señalaba Sara. La gaviota se acercaba hacia nosotros.

—Es verdad, y el pez todavía se mueve. Mirad cómo sacude la cola.

—Igual se le escapa.

La gaviota sobrevoló nuestro barco, volando tan bajo que pudimos oír el ruido que hacían sus alas. Después se dirigió hacia la orilla, pero antes de llegar a ella el pez logró escaparse y cayó al agua con un chapoteo.

—Se ha quedado sin comida —se rio Aimar.

Los demás también celebramos que el pececito hubiera quedado libre.

—Las gaviotas también tienen que comer. ¿Y sus crías? Seguro que tiene polluelos hambrientos esperando en su nido —nos dijo el capitán Lobo volviéndose hacia nosotros.

—Nosotros también comemos pescado —añadió Ainara, que lo había grabado todo con su *tablet*.

Siempre la lleva en la mochila, pero no la usa para jugar ni para ver películas. Sabe hacer unos dibujos increíbles con ella y otras cosas que nos dejan a todos con la boca abierta. Jaione no le permite llevarla al cole, pero una excursión es diferente.



—Jaione, nos dijiste que veríamos lamias. ¿Dónde están?

—No, lamias no. Lo que vamos a ver es el lugar donde cuentan que viven las lamias.

—¿Qué son lamias? —preguntó Ainara.

—Esas mujeres que tienen patas de pato... ¡Si lo explicó ayer en clase! —le aclaró Erik.

—¡Es que yo ayer no fui al cole, que estuve enferma!

—Es verdad. Menos mal que te has curado. Imagínate que te quedas sin poder venir.

—Ya. Vaya rollo.

Jaione abrió un libro y le enseñó a Ainara el dibujo de unas lamias que nos había mostrado en clase. Los demás ya habíamos oído la explicación,

pero volvimos a acercarnos a ella. Nunca nos cansamos de oír esas historias.

—Son unas mujeres que si las ves de cintura para arriba no notas nada extraño, pero sus pies son de pato.

—O de cabra —añadió Aimar.

—Sí, en algunos sitios dicen que las han visto con patas de cabra —admitió la profesora.

—Son muy guapas —dijo Ainara.

Jaione asintió con la cabeza.

—Y muy presumidas. Siempre están peinándose con un peine de oro. Y eso les trae a veces problemas con los humanos porque no soportan que se lo roben y pueden volverse muy rencorosas.

Mientras hablaban, la ría de Urdaibai fue haciéndose más ancha. El barco se acercaba a mar abierto. La protección de los montes enseguida quedaría atrás y las olas harían moverse un poco más el Gorgontxo. Tampoco demasiado, porque no hacía viento.

—Ahí tenéis Lamiaran —anunció el capitán señalando un caserío en lo alto de una colina.

Todos nos giramos hacia allí.

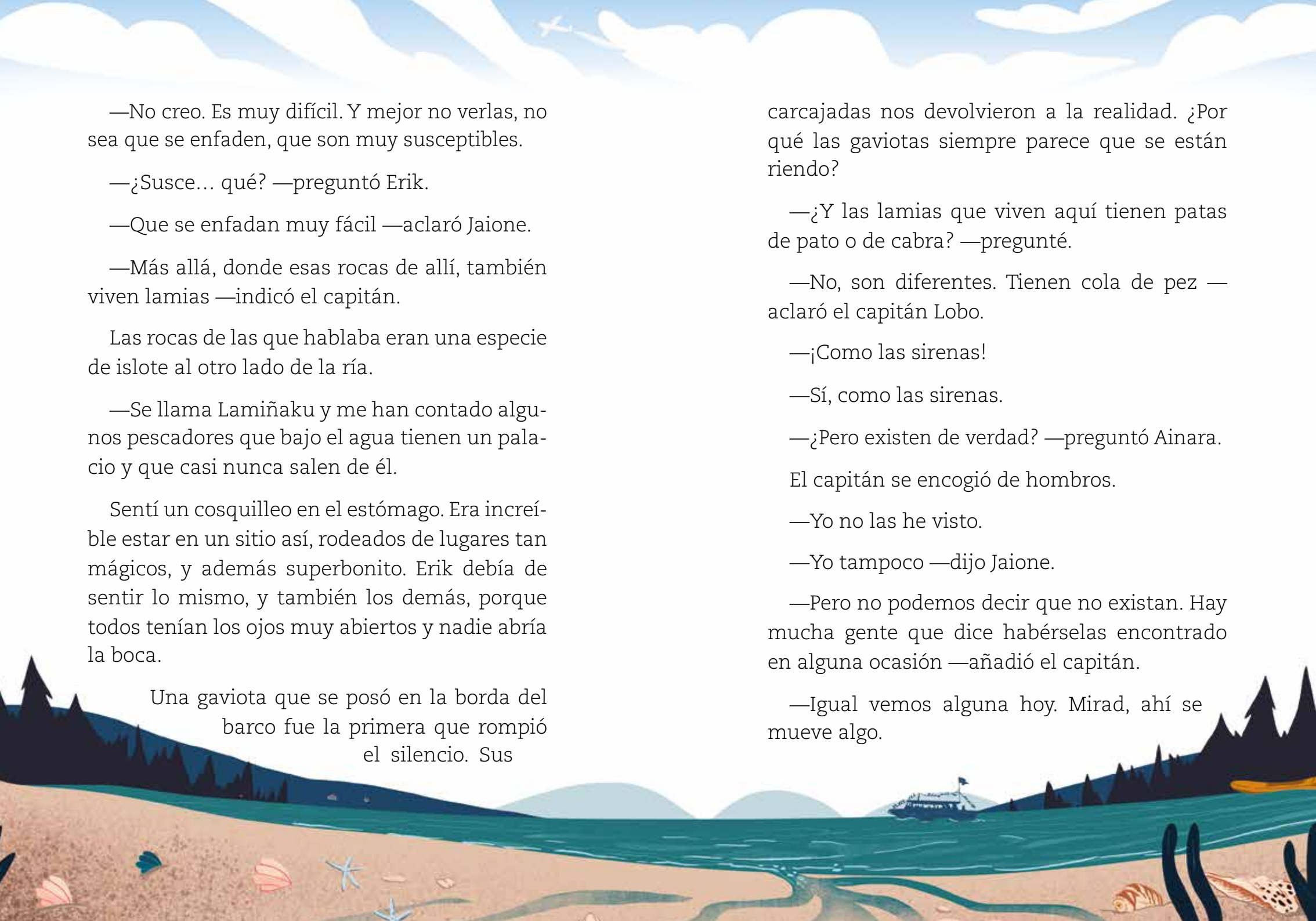
—Es el lugar donde os contaba que viven las lamias.

—¿En la casa?

—No, en el bosque. ¿Veis ese riachuelo de ahí? En su orilla es donde se sientan a peinarse.

—¿Vamos a ver alguna?





—No creo. Es muy difícil. Y mejor no verlas, no sea que se enfaden, que son muy susceptibles.

—¿Susce... qué? —preguntó Erik.

—Que se enfadan muy fácil —aclaró Jaione.

—Más allá, donde esas rocas de allí, también viven lamias —indicó el capitán.

Las rocas de las que hablaba eran una especie de islote al otro lado de la ría.

—Se llama Lamiñaku y me han contado algunos pescadores que bajo el agua tienen un palacio y que casi nunca salen de él.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Era increíble estar en un sitio así, rodeados de lugares tan mágicos, y además superbonito. Erik debía de sentir lo mismo, y también los demás, porque todos tenían los ojos muy abiertos y nadie abría la boca.

Una gaviota que se posó en la borda del barco fue la primera que rompió el silencio. Sus

carcajadas nos devolvieron a la realidad. ¿Por qué las gaviotas siempre parece que se están riendo?

—¿Y las lamias que viven aquí tienen patas de pato o de cabra? —pregunté.

—No, son diferentes. Tienen cola de pez —aclaró el capitán Lobo.

—¡Como las sirenas!

—Sí, como las sirenas.

—¿Pero existen de verdad? —preguntó Ainara.

El capitán se encogió de hombros.

—Yo no las he visto.

—Yo tampoco —dijo Jaione.

—Pero no podemos decir que no existan. Hay mucha gente que dice habérselas encontrado en alguna ocasión —añadió el capitán.

—Igual vemos alguna hoy. Mirad, ahí se mueve algo.

El capitán se asomó por la borda y miró hacia las rocas que señalaba Aimar.

—Es un cormorán. Vive ahí. ¿Veis cómo extiende las alas? Es para que se le sequen al sol. Habrá estado pescando y las tendrá mojadas.

—¿Mojadas? Si hace sol —me fijé yo.

—Comen peces. Saben bucear muy bien para perseguirlos.

—Cómo va a bucear... ¡Si es un pájaro! —exclamó Aimar.

—Las aves que viven en la costa saben bucear tan bien como volar —explicó Jaione.

Aimar puso cara de no creérselo, pero no dijo nada.

—E s t a m o s llegando a la isla de Izaro —

anunció el capitán.

—¿Y los surfistas? Mundaka es famosa por el surf —quiso saber Sara.

—Hoy no hay olas. Hace muy buena mar y no hay olas.

—Qué pena, yo quería verlos —se lamentó Ainara.

—Mi ama hace surf —dije yo.

Los días que puede salir antes del laboratorio se va un rato a la playa y coge unas olas. A mí me da un poco de envidia y me ha prometido que el próximo verano me llevará con ella. Y a Erik también, claro; aunque no sé si le apetece mucho, porque no es tan valiente como yo.

—Es verdad. ¿Qué tal le fue el campeonato del otro día? —me preguntó Jaione.

—Se lo pasó bien —dijo Erik.

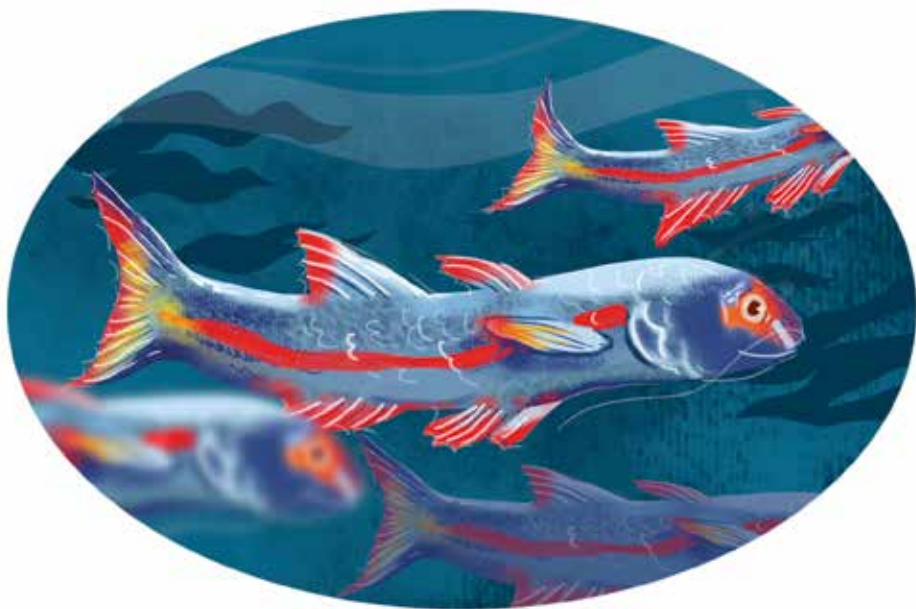
Eso fue lo que nos dijo ella cuando volvió de Bakio. Que se lo había pasado bien, y que eso



era lo único importante. Ganar o perder no tiene importancia si disfrutas de lo que haces. Cuando dice esas cosas suele ser porque ha perdido.

—Algún día tendremos que ir a animarla, ¿no? —propuso Jaione.

Todos respondimos que sí y empezamos a hacer planes. Erik y yo hemos ido muchas veces a verla a los campeonatos, pero ir con toda la clase nos pareció una idea genial. Además, siempre hay música y puestos de dulces. A mi hermano le encantan los gofres con chocolate, y a mí..., bueno, pues también me chiflan.



BÚSQUEDA DEL TESORO

Una pasarela de madera nos ayudó a bajar a tierra. No era fácil, porque no había un puerto al que amarrar el barco y el capitán acercó tanto como pudo el *Gorgontxo* a la isla, pero se movía mucho. A mí no me dio miedo, pero Jaione tuvo que ayudar a muchos a bajar.

—Yo puedo sola —decidió Sara rechazando la mano de Jaione.

—Ten cuidado —le recomendó la profe.

Sara puso un pie en la pasarela y cuando iba a poner el segundo una ola sacudió el barco y le hizo perder el equilibrio.

—¡Cuidado! —exclamó Jaione sujetándola por el brazo.